

diciones en que no se sostendría quizás la de las especies animales, Madrid habría dado el paso gigantesco que necesita dar para duplicar su población é intensificar y depurar su vida.

Cuando Madrid es atacado por el viejo Verano, el de la «Lanza Tórrida», muchos que no pueden dirigirse á la Costa, se dirigen á la Sierra... Hace años hubiese parecido muy vulgar, de gente de poco más ó menos, veranear en el Espinar ó en Cercedilla; hoy, bastantes que acaso se adelantaron á las prescripciones de la ciencia respecto á la utilidad de respirar aire de altitudes, aire de montaña, y que buscan en el veraneo lo que realmente conviene, descanso y salubridad, acuden á aquellos pueblecillos y á aquellas soledades que no carecen de encanto. El veraneo en la sierra debe favorecerse por todos los medios posibles, dada su proximidad á la capital. No todo han de ser playas y balnearios.

Estos últimos sufren una crisis. Es un momento que debía preverse, en la evolución de las ideas, este en que se plantean dos problemas, respecto á las aguas medicinales. Primero: ¿son todas de reconocida; indudable eficacia? Segundo: después de dar por cierto que son eficaces, ¿me convienen?

Hará quince ó veinte años, se creía obligatorio, en los meses de calor, recorrer dos ó tres balnearios de moda. Éste se curaba, aquél no; había quien empeoraba..., pero se obedecía á una corriente. Hoy se empieza á no tomar aguas sin perentoria necesidad.

Además, ¡ha aumentado tanto el número de manantiales descubiertos! Cada quince días nos anuncian con bombo y platillos uno inédito, dotado de propiedades más asombrosas que los anteriores. No es esto sólo en España: Portugal ha considerado que era cuestión de patriotismo poseer cuantas aguas minerales poseemos los *castexaos*, y sería capaz de inventarlas. En Francia y Alemania cada día se descubren nuevas *fontaines merveilleuses* y nuevos *sprudelns*. Y la competencia y la abundancia engendran el escepticismo.

Sólo en mi tierra natal, Galicia, y en las Vascongadas, la hidrografía médica constituye una tupida red, con millares de ramificaciones. Dijérase que todo el suelo está por debajo regado con aguas de misteriosas propiedades.

Y con todo, pocas son las aguas que resisten al análisis y á la experimentación de sus propiedades y virtudes. Todos conocemos ejemplos de balnearios que ya ni lo son; y si no, ahí está el tristemente célebre de Santa Agueda, donde la bala de Angiolillo acabó con la gloriosa existencia de D. Antonio Cánovas. Por trágico que fuese el suceso, el balneario no se hubiese resentido de él, si las aguas conviniesen al tratamiento de un grupo de enfermedades. Lo que parece que ha transformado á Santa Agueda de balneario en asilo religioso, es precisamente el haberse demostrado que no poseían eficacia sus manantiales. No basta que un agua esté mineralizada para que surta efectos terapéuticos.

Así es que la selección va imponiéndose, y sólo quedan en pie algunos balnearios indiscutibles, de los que tienen, como Vichy, su historia, su estirpe, su blasón. Acaso se levanten, al lado de ellos, otros que merezcan disputarles su lauro; pero en cambio, ¡cuántos recién descubiertos caerán en el olvido, cuántos se desacreditarán, de cuántos se dirá desdeñosamente que son «la carabina de Ambrosio!»

Yo he tenido ocasión de hablar especialmente de dos, sin duda los más renombrados de la región: Mondariz y la Toja. De ésta escribí, hace años, que se encontraba en un estado de abandono é incultura más propios de la cafetería que de un país europeo. Ahora, según dicen—pues no he ido á la Isla recientemente—ha cambiado por arte de magia la decoración. Todo es lujo y confort, todo elegancia. Los precios—que no eran flojos en la época de la suciedad—son ahora más altos, pero es preciso pagar ciertos lujos y refinamientos, y todo se reduce á que la Toja sea medicamento para ricos; lo cual no debe extrañar á nadie, dado que el caudal de aquellos manantiales no es tan abundante que permita un establecimiento en gran escala. El número de bañistas, según he oído decir, tendrá siempre que ser reducido en la Toja, porque no hay agua para más. Por consecuencia, es natural que no pudiendo la Toja aprovechar el recurso de exportar sus aguas para mesa (aunque exporte sus sales y jabones), el establecimiento tiene que montarse sobre la base de una clientela opulenta, escogida.

Necesita por otra parte la Toja—que ahora ha visitado con interés una comisión de médicos ingleses—instalación más cara que ningún otro balneario, por ser las enfermedades que allí se atienden de índole especial, contagiosa muy á menudo y casi siempre de las que causan asco y melindre. Sólo una extremada, minuciosa desinfección; sólo un aislamien-

to completo en mesa y demás servicios; sólo un mobiliario completamente racional, como de Sanatorio, con todas las reglas de la moderna higiene, lograrán que la gente acuda allí sin escrúpulo y esté, no sólo tranquila, sino satisfecha. Repito que no he visitado la Toja desde que ha sufrido la transformación de que se habla, pero comprendo que si en efecto reinan allí los adelantos y las comodidades y las prescripciones estrictas de la ciencia, el hospedaje no puede ser barato. Si algún día tengo ocasión de comprobar por mis ojos—en lo humano es un gran filósofo Santo Tomás—las mejoras y adelantos de la Toja, tendré sumo gusto en referir aquí mismo, y en otros periódicos donde colaboro, cómo el mundo marcha y cómo el progreso no es una frase huera inventada para hacer efecto en los *meetings*.

En cuanto á Mondariz—ó Mondariz, como se empeñan en decir los que no son gallegos,—siempre ha resistido y resistirá victoriosamente la crisis de los balnearios. Mondariz tiene dos elementos de resistencia: el más poderoso, sin género de duda, es el de la exportación de su linfa, empleada como agua de mesa en todas partes.

Hay infinitas aguas minero-medicinales que saben á demonios fritos. Las de Mondariz son deliciosas, y no tienen sino el inconveniente de que se habitúa á ellas el paladar y las demás parecen después insulsas; de que se habitúa el estómago, y cuesta trabajo digerir sin ellas.

Cuando Castelar, el inolvidable orador, daba aquellos banquetes suyos, que más que banquetes eran exposición de productos nacionales, en qué se servían catorce platos y diez y ocho postres, tenía cuidado de colocar al alcance de la mano de cada invitado una botella de agua de Mondariz para prevenir la más que probable indigestión y estimular á que los desgastados hiciesen los honores á un festín que bien podría llamarse de Heliogábalo. Y en efecto, para este fin las aguas de Mondariz superan á las de Vichy, con las cuales tantas afinidades tienen.

La concurrencia á Mondariz ha disminuído en estos últimos tiempos, no porque la fama de los manantiales sea menor, sino por algo de lo anteriormente indicado; porque quizás ya los médicos no envían tanto á las aguas, y porque la gente no las toma como diversión. Pero cuando digo que ha disminuído la concurrencia, quizás sufro un error de óptica. Van menos huéspedes al gran balneario porque Mondariz crece, y no es balneario aislado, como lo son tantos de la Península, sino un pueblecito pintoresco de hoteles, fondas y chalets, que va formándose. Allí, cada camarero que ha sacado de dos ó tres temporadas un capitalito de algunos miles de pesetas, instala su correspondiente hospedaje, y este incremento de la población es imposible que no corresponda á un aumento de concurrentes, más ó menos modestos, más ó menos ricos. Así es que, aun cuando en el balneario propiamente dicho se agolpen menos, á las aguas puede asegurarse que van en mayor número.

Y hay algo muy perjudicial, no sólo para éste, que es el primero, sino para los demás reputados balnearios de Galicia... Los itinerarios de los trenes, la dificultad del viaje, que arredra.

No ha muchos días, *El Liberal* demostraba con números que, yendo por Zamora, se llegaría á Galicia cuatro horas antes. Cuatro horas, en un viaje de veintitrés (á contar desde Madrid), representan un veinte por ciento de economía de tiempo y de dinero. Pero las Compañías no quieren. Las Compañías son un poder cuyo dominio sufrimos sin rechistar. Nos multan, nos procesan, nos llevan y traen como les acomoda, nos cobran á su talante, todo al amparo de la ley. Electricidad, gas, agua, ferrocarriles, teléfonos, lo más necesario, lo indispensable á la vida moderna, nos lo dan como por una especie de magnánima concesión, y lo pagamos en proporciones asaz tiránicas. Y si ocurre pensar en reducir el recorrido de un viaje, cosa que reportaría tantos beneficios á la región y á los que se trasladan á ella, antes que el bien de la colectividad estará el interés de la Compañía...

Hoy la gente quiere viajar en buenas condiciones. Otras provincias son más fáciles de visitar que las gallegas. Claro es que sólo van los que necesitan ir, irremisiblemente. Esto ha de restar concurrencia á los balnearios. Es difícil competir en diversión, animación y buen material de trenes con las regiones que están próximas á Francia, y á las cuales va la corte, la gente encopetada y la cursi imitadora.

En estas condiciones, todavía es admirable que los balnearios gallegos atraigan clientela y la conserven, y debe atribuirse á la eficacia y virtud de sus linfas y ninfas... y á nada más.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las diversiones al aire libre, de las verbenas, meriendas, excursiones en automóvil y otras maneras de respirar bien, evitando el calor y el encerramiento... Sólo que el calor, este año, resueltamente se ha propuesto no asomar hasta agosto.

Así es que la horchata está en ridículo, y los puestos de limón frío, esos graciosos puestos que alegran con la nota de oro de sus limones y el limpio cristal de sus vasos y el fregado latón de sus aparatos las calles matritenses, tienen aún muy poca clientela, no han empezado á hacer negocio, lo mismo que los aguaduchos, los clásicos aguaduchos de Recoletos, otra gentil institución popular muy superior á lo que son en París las tradicionales *marchandes de coco*...

La horchata ha sido cantada por Teófilo Gautier, y declarada por tan inteligente aficionado á lo bello el mejor de los refrescos existentes. Me refiero, ya se comprende, á la horchata de chufas. La de almendras tiene sus cualidades: hace conciliar sueño tranquilo, es apetecible, es gustosa..., pero no causa la peculiarísima sensación de frescura que la de chufas, cuando el cuerpo está hecho un carbón, y el espíritu sueña con témpanos, glaciares y cascadas de nieve derretida...

Sin género de duda la horchata de chufas ya sería célebre en Europa y la exportación de la chufa alcanzaría proporciones grandiosas y dejaría crecidos rendimientos, á no mediar una circunstancia especial. ¡Que la horchata de chufas no es buena sino en Madrid, diluida con el agua de Madrid!

Fué para mí una desilusión probar en Valencia la horchata. Creía que el país clásico de esta bebida fuese Valencia. Olvidaba que, en las poblaciones donde se crían los productos, no es donde mejor se elaboran. Dicen además que no es cuestión de elaboración: parece que el secreto, como dejo advertido, está en el agua.

No vale que se lleven de Valencia ni de Madrid las chufas y los operarios conocedores del arte de majar, exprimir y dosificar el jugo de la rizoma. Por ejemplo, en mi pueblo natal, la Coruña, la horchata será siempre una pócima, mientras en Madrid es la bebida de los dioses, y yo creo que el néctar y la ambrosía no eran sino la madrileña «chatalá.»

\*\*\*

Los que aspiran á que Madrid sea una capital á la moderna, se preocupan de sus africanos alrededores. Sus inmundos tejares encierran quizás el secreto de algunas epidemias de las que afligen á la villa del oso... Si Madrid llegase á estar rodeado de bosques, de jardines, de huertos de legumbre, de campos esmeradamente cultivados; si desapareciesen esos barrios donde la vida humana se desenvuelve en con-